

Lidia Santelices V.

**Las Mocedades del Cid, de Guillén de Castro;
Le Cid, de Pierre Corneille y
El Honrador de su Padre, de
Juan Bautista Diamante.**

Tantas y tan ávezadas plumas han terciado en la controversia sobre *Le Cid* y *Las Mocedades del Cid*, de Pierre Corneille y Guillén de Castro, respectivamente, que el tema casi puede darse por agotado y es muy difícil encontrar algo de valor que ya no haya sido dicho por alguna autoridad en la crítica.

Un estudio completo de las diversas opiniones vertidas en esta lucha, en que el patriotismo o el entusiasmo exagerado han sido causas de parcialidades irritantes o de afirmaciones ridículas, ocuparía muchos volúmenes.

Como son un tema tan conocido las relaciones entre Castro y Corneille, acentuaremos especialmente la comparación con Diamante, no por creerla más interesante, sino por tener alguna novedad.

Daremos por aceptadas o sabidas las fuentes en que bebió su inspiración Castro, las características de su obra: el aspecto fragmentario que le dan los romances deshilvanados que intercala, el fuerte sabor nacional y local, las hondas raíces en la leyenda, el espíritu de su raza que la anima, la falta de finura y suavidad en los matices afectivos, las yerbas inútiles que ahogan o debilitan plantas que mejor cultivadas prometían bellezas incomparables, etc...

También pasaremos a la ligera, y por la misma razón, los motivos que Corneille tuvo para hacer la selección de los elementos que necesitaba para concentrar la esencia de varios hechos dispersos en un solo extracto fuerte y definido; tijeras en mano, pudo cuanto encontró de inútil o de estorbo, para dar a su huerto claridad, luz, unidad; tal vez este afán de concentración tuvo como desgraciada consecuencia un hacinaamiento excesivo, pero así debió ser para reunir en veinticuatro horas lo que Castro da en año y medio. En fin, sería éste un larguísimo tema y hay que concretarse a lo dicho.

Opiniones contradictorias hallamos con respecto a la obra de don Juan Bautista Diamante, que tiene el mismo héroe y el mismo tema que la obra citada de Castro. Hurtado y Palencia (1), dice que *El Honrador de su padre* está inspirado en el Cid de Guillén de Castro y no en el de Corneille. De la misma opinión es don Emilio Cotarelo y Mori (2), quien sostiene, hablando del «célebre» drama *El Honrador de su padre*, que Diamante «tuvo presente, para superarlo, el Cid de Guillén de Castro, ... pero no hay razones suficientes para suponer que se aprovechase también del de Pierre Corneille. como sostiene Mr. A. de Latour, en términos de traducirle».

Agrega dos razones que podrían cortar toda discusión, si la sola lectura de las obras no fuera más elocuente, al demostrar el error del aserto con claridad meridiana. Ellas son: 1) El Cid de Corneille no fué traducido al español hasta fines del siglo XVIII y la obra de Diamante es de 1657, y 2) Diamante no sabía francés. No demuestra Cotarelo esta última aseveración, y son también de poco peso las razones políticas que arguye para suponer que este autor habría rechazado la obra francesa aún en caso de conocer esta lengua.

Dado el caso improbable e improbadado, de que Diamante no conociera el francés, siempre nos quedaría la sospecha de que hubiera leído la traducción al italiano que sabemos se publicó en Carmagnola en 1656 (3), pues sospechamos por su genealogía italiana, española y portuguesa, que el leer estas lenguas le sería muy fácil, máxime con sus estudios de latín y gramática en la Universidad de Madrid.

(1) Hurtado y Palencia, Liter. Esp., pág. 736.

(2) E. Cotarelo y Mori: *Don J. B. Diamante y sus comedias*, Madrid, 1916, Pp, 18, 19, 40, 65, etc.

(3) Picot, *Bibliographie Cornélienne*, p. 334: N.º 831, *Cid, Tragicomedia tradotta dall'idioma Francese nell'Italiano...* In Carmagnola, 1656, I, In. 8.º

En fin, sea como sea, la traducción literal de varios trozos prueba, sin lugar a dudas, que Diamante tuvo al frente la obra de Corneille. El orden en las escenas y actos, la distribución de las materias, no pudo hacerla o seguirla tan exactamente sin tener aquel drama a la vista en el momento de escribir. Caracteres, rasgos, pudo recordarlos una memoria fiel, pero tantos detalles minuciosos en que coinciden ambas obras hacen incomprensibles las afirmaciones de Hurtado y Cotarelo.

Lo que no es tan claro, o tan fácil de demostrar, es si tuvo presente *Las Mocedades* de Castro, y que todavía la superó, como dice el último crítico citado, es tal vez imposible probar.

Es sumamente sugestivo que los pasajes e incidentes en que las tres obras coinciden presenten siempre en Diamante la traducción verbal de Corneille, puesto que no se puede repetir con Voltaire que Corneille tradujo a Diamante, si recordamos que éste era un niño cuando apareció *Le Cid* en 1636.

Escenas que faltan en *Le Cid* y se hallan en *El Honrador*, parecen ser tomadas más bien de los romances u otras fuentes que de *Las Mocedades*. No creemos exagerado afirmar que no hay un solo pasaje en que sea de absoluta necesidad reconocer la presencia de esta obra en el escritorio de Diamante. En cambio, sin milagros, *El Honrador* no existe sin *Le Cid*, así como éste no existe sin las *Mocedades*.

Cambios o alteraciones que hiciera Corneille, por curiosa coincidencia se encuentran casi todos en Diamante. ¿Cómo después de leer detenidamente ambas obras, puede alguien decir que es «garrafal desatino que no merece impugnarse» afirmar las relaciones estrechas que son evidentes en ellas?

Tan ininteligible como ésta nos parece la aseveración del Conde de Schack (1), especialmente en lo que se refiere a que «no hay detalle alguno ocioso (en la obra de Diamante), que detenga en lo más mínimo la rapidez de la acción» y aún llega a creer que quizás aventaje a la obra de Castro. Nos permitimos opinar respetuosamente todo lo contrario. Esas infelices escenas del «gracioso» no pueden ser más inoportunas. Preferible es la obra de Castro, con todos sus defectos, a ésta que nos cansa con su lenguaje hinchado, «alambicado y pedantesco», convencional en extremo en los diálogos que debían ser más dramáticos.

El Honrador de su padre parece resumir los defectos de

(1) Hist. del Arte Dramático en España, T. V. Pp. 161-164.

ambas obras, sin los méritos de ninguna de ellas. Nada de la armonía, ni de las alteraciones artísticas de Corneille; nada de su ventajosa acentuación de algunos caracteres.

Sentimos no haber podido encontrar en *El Honrador* «esas bellezas de primer orden» de que habla Mesonero Romanos.

Ese desgraciado acto III, que Cotarelo califica de «excelente» difiere por completo de ambas obras, pero, en vez de mejorar el fin bastante débil en *Las Mocedades* y *Le Cid*, agrega elementos que lo hacen absurdo e ilógico.

SUPRESIONES Y OTRAS ALTERACIONES EN GENERAL

Para concentrar la acción y respetar la unidad de tiempo, tanto como para adaptarla al gusto francés, Corneille se vió obligado a mover a sus personajes o bien a alterar los acontecimientos con un dinamismo sorprendente. Diamante le sigue los pasos muy de cerca.

a) La escena del leproso, chocante para el gusto francés y también para el moderno, por su crudo realismo, la suprimen Corneille y Diamante, pues sólo está en *Las Mocedades*.

b) Lo mismo sucede con las ceremonias en que Rodrigo es armado caballero.

c) Los moros en *El Honrador* y *Le Cid* se acercan a la ciudad, en vez de salir Rodrigo en su busca, como sucede en la obra de Castro.

d) En las dos obras primero mencionadas se suprime el coloquio de Rodrigo con Urraca en la torre.

e) Las escenas medioevales y tan rudas de Diego Laínez lavando en sangre su mejilla, y aquella en que Jimena aparece con el pañuelo empapado en la sangre de su padre, también desaparecen.

f) La prueba que Diego Laínez hace del valor de Rodrigo, suprimida en Corneille, reaparece en *El Honrador*, pero más semejante a la versión de los romances que a la variación de *Las Mocedades*.

g) En Corneille y Diamante los padres saben del amor de Rodrigo y Jimena, lo que contribuye a intensificar el interés: «L'outrage fait à don Diège paraît plus sanglant; le comte, plus coupable; la punition, plus juste et Rodrigue plus innocent».

h) El insulto a Diego Laínez sólo en Castro tiene lugar

en presencia del Rey. Corneille—y le sigue Diamante—muestra más respeto por el soberano.

i) No aparece el príncipe don Sancho en la obra de Corneille, y por consiguiente faltan todas las escenas relativas a él: sus rivalidades con Urraca, sus disertaciones sobre herencia y división del reino, el maestro de armas, etc.

j) Ambiente político nacional y referencias históricas faltan en la obra de Corneille y Diamante. Además, el elemento religioso, suprimido en *Le Cid*, está en *El Honrador* menos acentuado que en el drama de Castro.

k) Los discursos de los amantes, llenos de primores retóricos en las obras de 1636 y 1657, parecen incompatibles con los estados psicológicos que los inspiran. Más humano y real es el desorden y desaliño que en igual caso emplea Guillén de Castro.

l) La obra fuente es la más romántica de las tres.

m) La atención se concentra más en el amor de Rodrigo y Jimena, y sus luchas con el deber, en *El Honrador* y *Le Cid*, mientras que en *Las Mocedades* son el pundonor y el deber los que priman sobre el amor en el interés que despiertan.

n) El elemento cómico, insinuado por el pastorcillo de Castro, desaparece en Corneille y se acentúa fatalmente en Diamante.

ñ) En *Le Cid* y *El Honrador*, aparece don Sancho, amante de Jimena; personaje algo diferente de Martín González, el de *Las Mocedades*.

o) Diamante suprime a Leonor y agrega a Nuño y un secretario. Faltánle don Arias y Peransules.

C A R A C T E R E S

Rodrigo: Es ante todo un soldado valiente en *Las Mocedades*, un caballero cristiano, un español medioeval con sus vicios y cualidades, rudo y generoso, leal, patriota y devoto.

En *Le Cid* es más cortesano y más amante que guerrero, más elegante y refinado en modales y lenguaje. Pierde su carácter nacional.

El héroe de *El Honrador* es más francés que español, menos atrayente que los otros dos, más gongorista y fanfarrón que aquéllos.

Jimena: La heroína de Castro es más varonil y determi-

nada; raciocina con más frialdad que la de Corneille, que es muy femenina y apasionada, y tal vez más franca.

La de Diamante, según Elvira, sería una coqueta «recatada, prudente, ni les da confianza ni les quita esperanza», pero nosotros vemos que sólo Rodrigo le interesa.

Su carácter pundonoroso se quiebra bruscamente en el acto final.

Diego Laínez: Es muy humano en Castro. Su dolor al sentirse incapaz de lavar su ofensa, su alegría al descubrir el valor de su hijo, la escena en que lo busca en la noche, lleno de ternura y gratitud, son de gran fuerza artística y realmente patéticos.

En Corneille lo vemos, verdadero padre, insistir en conservar la amistad del Conde Gormaz y reiterar los proyectos de casamiento de sus hijos y la unión de sus casas. Conserva este carácter en *El Honrador*, pero sus canas pierden alguna dignidad en el Acto III, cuando se ríe tan regocijadamente de la burlada Jimena.

Conde Lozano: Arrogante y orgulloso siempre, reconoce su error, pero considera indigno enmendarlo. En las obras de Corneille y Diamante su egoísmo es odioso. Sacrifica por un capricho la felicidad de su hija y de Rodrigo, sin pensar siquiera en los dolores que su actitud puede acarrearles. Contrasta desagradablemente con la noble abnegación de Laínez.

Rey Fernando: Se muestra más severo y recto, más majestuoso en Castro. Es más parcial con Rodrigo, y se adivina molesto por la insistencia de Jimena en pedir venganza, en las obras de Corneille y Diamante. En estos autores el rey es conciliador a toda costa.

La Infanta: En Castro hallamos en Urraca una poderosa rival de Jimena. Corneille la convierte en protectora de aquélla; es víctima de su amor, pero lucha contra él y ayuda siempre a Jimena con increíble altruismo. Es buena y dulce. A mi juicio, es una figura necesaria para dar mayor gloria y atractivo personal a Rodrigo y celos a Jimena, a pesar de que hay opiniones muy autorizadas que la consideran inútil.

Don Martín: Es un tosco y fornido Sansón, un poco más activo que ese don Sancho tan desleído, el amante de Jimena, en *El Honrador y Le Cid*.

LUGAR DE LA ACCION, DESENLACES, VOCABULARIO, ETC.

Las Mocedades del Cid se desarrollan en Burgos; *Le Cid* en Sevilla y *El Honrador de su padre* en León y otros puntos.

Castro y Corneille terminan sus obras con duelo, con pequeñas diferencias de detalle. Diamante hace un simulacro de proceso y de prisión para decidir a Jimena.

El vocabulario es pintoresco, lleno de colorido y viveza, aún en su abigarrado desaliño, en Castro. Más cuidado y refinado, mucho más artístico y suave en Corneille. Rebuscado y con figuras de pésimo gusto—sin contar la pobreza—suma de muchos versos—en Diamante. En la Jornada I, Escena V, Rodrigo dice: «Ha sido olvidarme—tu ausencia de mí, señora» y Jimena responde: «En ese olvido es constante—que peligrará Jimena».

En la escena VI la Infanta habla de «esta grave (ay de mí) melancolía».

Después Jimena, al pedir justicia, dice: «Con pluma roja escribía—en la arena que regaba. Venga a tu padre, Jimena,—ésta sí es justa venganza».

Todo el trozo es inoportuno en el tono y prosaico además; «viuda tortolilla querelosa y solitaria—que huyendo del ramo verde—codicia la seca rama...»

ANÁLISIS DETALLADO Y COMPARATIVO DE «EL HONRADOR DE SU PADRE»

Jornada I.—Las tres primeras escenas de esta obra faltan en *Las Mocedades* y en *Le Cid*, pero no se echan menos. En la tercera, Elvira sonsaca al Conde sus proyectos sobre el matrimonio de Jimena.

Escena IV.—Elvira cuenta a su ama el resultado de su conversación con el Conde. Corresponde a la primera escena de *Le Cid*.

Escena V.—Rodrigo entra al cuarto de Jimena y ésta envía a Jimena con un recado y se queda sola: situación falsa en el carácter de Jimena y en las costumbres de la época. Diamante agrega la idea de un retrato que Rodrigo pide.

Escena VIII.—Corresponde a la tercera de *Le Cid*. Muchas frases han sido traducidas literalmente; el tono, el tema, todo está imitado servilmente: los versos 157 a 186 de *Le Cid* están casi idénticos en esta escena de *El Honrador*. Es muy

interesante compararlos para rechazar la opinión de Cotarelo.

Escena IX.—Diego Laínez se lamenta de la ofensa recibida. Su discurso tiene aquí menos belleza y dignidad que en las otras dos obras. Corresponde a la Escena IV de *Le Cid*. Igual inferioridad se observa al comparar las escenas siguientes de ambos dramas. Mucho más frío y vulgar resulta el «¿tendrás valor?» que el «Rodrigo, ¿as-tu du coeur?»

Escena XI.—No encontramos aquí dignamente expresada la alegría de Laínez después de hallar un vengador. Tiene las mismas reticencias para decir el nombre del culpable que vemos en Corneille.

Escena XII.—El monólogo de Rodrigo: «mi padre el ofendido—y el ofensor el padre de Jimena...» corresponde exactamente a la Escena 6.^a de *Le Cid* y a los versos 518 a 541 de *Las Mocedades*. En esta última obra el tono es más viril.

Jornada II.—Los versos literalmente traducidos son muchos aquí.

Escena I.—El egoísmo del Conde se acentúa en Corneille y su imitador.

Escena II.—El desafío de Rodrigo al Conde corresponde al de la Escena II, Acto II de *Le Cid*. Es más largo, vehemente y artístico en Corneille.

Escena III.—Diamante ha alterado el orden, pues esta escena equivale a la Escena VI de *Le Cid*.

La *Escena VI* del *Honrador* equivale a la Escena VIII de *Le Cid*. Jimena pide justicia al rey. Hay muchas semejanzas entre las dos piezas, a excepción del toque galante en Laínez, cuando la deja hablar lo que quiera, por ser dama, que sólo se esboza en Castro y se suprime en Corneille. Tanto la acusación de Jimena como la defensa de Laínez, están *literalmente traducidas*; en los versos 660 a 665 de *Le Cid* principalmente resalta este paralelismo.

Diamante hace que Rodrigo quede preso en su casa. Corneille da la Corte por prisión a don Diego. Ambos nos presentan un Rey más benévolo que Castro, pues éste hizo apresar realmente a don Diego.

Escena VII.—No puede ser más inoportuna la introducción del «gracioso» haciendo chistes hasta sobre la muerte del Conde.

Escena VIII.—Don Sancho insiste ingenuamente en tomar

a su cargo la venganza de Jimena. También se encuentra en Corneille una escena semejante.

La *Escena X* del *Honrador* y la VI de *Le Cid* anuncian que los enemigos se acercan. Recuérdese que en *Las Mocedades* el héroe sale en busca del contrario. Don Diego aconseja a su hijo que trate de obtener el perdón del Rey por medio de sus hazañas.

Jornada III.—El episodio de la *Escena IV* sobre el nombre de Cid dado a Rodrigo, se encuentra en forma muy parecida en los tres dramas.

La *Escena VI* corresponde a la III del Acto IV en *Le Cid*. Rodrigo llega vencedor y narra sus hazañas. El Cid de Diamante usa aquí un estilo excesivamente difuso. Atribuye su triunfo al estandarte y hace alusiones a sus santos patronos: «No puede ser muy valiente—quien no fuere muy cristiano».

Tal vez la narración que de los mismos sucesos hace el pastorcillo en *Las Mocedades* es más vivaz y amena. La pretendida grandeza del relato en el *Honrador* es interrumpida por Nuño.

Desde la *Escena VII* hasta el final, difícilmente hallaremos puntos de contacto entre ésta y las otras dos obras que comentamos. *El Honrador* se convierte en comedia y Jimena en «el pato de la boda».

El Rey ordena que Rodrigo vaya preso a una torre y promete substanciar ese día el proceso. Jimena se lamenta, pero en frases muy rebuscadas, del peligro que corre el Cid.

La *Escena XI* es convencional y artificiosa por demás. Rodrigo sabe que Jimena ha llegado a la torre y le está escuchando, así es que prepara los discursos en la forma que desea que ella los oiga. La situación de Jimena resulta así forzada y ridícula.

En la *Escena XII* la farsa continúa secundada por Diego.

Escena XIII.—Sale por fin Jimena de su escondite y su pasión tanto tiempo contenida rompe todos los convencionalismos: «A morir vengo contigo—diciendo que soy tu esposa—que no hay humano respeto—en llegando a tales lances.—» Concluye la obra con una escena melodramática del peor gusto.

El carácter de Jimena se hace un poco ridículo, al verla, espada en mano, defendiendo a Rodrigo... que bien sabía defenderse solo.

El acto final de la obra de Corneille es, sin duda, original

y el mejor de los tres, pero siempre deja bastante que desear. El ingenioso diálogo de Rodrigo y Jimena, antes del duelo en que ella será el premio, es de gran belleza y «esprit».

El largo e increíble equívoco que causa la llegada de don Sancho, se sostiene difícilmente con la verbosidad incontenible de Jimena—que, en la angustia que sufre, recibe el castigo por hablar demasiado. Por fin la incógnita se despeja, pero, como Corneille ha forzado mucho la verosimilitud al hacerla confesar su amor, cuando aún está tibia la sangre de su padre, hace que Rodrigo se contente por lo pronto con promesas y parta a la guerra a continuar sus hazañas.

Insistimos en que este fin nos parece superior a los otros, porque no puede aceptarse el de Diamante: Jimena, tan quisquillosa de su reputación, habría ido a echarse a los pies del Rey antes que a los brazos de Rodrigo.

El equívoco de don Sancho en *Le Cid* parece también más natural que la rebuscada explicación de Rodrigo en *Las Mocedades*.

Es cierto que Jimena nos suele cansar con su tenacidad en perseguir al hombre que decía adorar, puesto que no podemos ver a través de los siglos con ese mismo sentimiento del honor que hoy tiende a desaparecer en sus tonalidades trágicas especialmente, pero tal vez, siempre tendrá explicación su lucha moral, aunque sólo pensemos en la repugnancia física que debe causar la sola idea de convivir con el matador de su propio padre.

Esa funesta asociación de recuerdos es en sí un gran motivo dramático y el interés trágico de esa lucha psicológica subsistirá aún cuando todos los códigos del honor alteren.

BIBLIOGRAFIA

1. CASTRO (Guillén de).—*Las Mocedades del Cid*. La Lectura, Clásicos Castellanos, Madrid, 1923.
2. CORNEILLE (Pierre).—*Le Cid*.
3. COTARELO y MORI (Emilio).—*Don Juan Bautista Diamante y sus Comedias*, Madrid, 1916.
4. DIAMANTE (JuanBautista).—*El Honrador de su padre*.
5. HURTADO y PALENCIA.—*Literatura Española*, pág. 736.
6. HUSZAR (Guillaume).—*Pierre Corneille et le Théâtre Espagnol*, París, 1903.
7. MARTINENCHE (E).—*La Comedia espagnole en France*, París, 1900.
8. MÉRIMÉE (Ernest).—*Mocedades del Cid*, Toulouse, 1890, Préface.
9. PICOT.—*Bibliographie Cornélienne*, pág. 334.
10. SCHACK (Adolfo Federico, Conde de).—*Historia de la Literatura y Arte Dramático en España*, Madrid, 1885, T. V., Pp. 161-164.